





MOLLUSCA GONGORINA

Siempre pensé en que Neruda era un gran poeta de la naturaleza. Era un hombre dotado de un instinto extraordinario para captar la belleza de las cosas naturales. En el comienzo de sus memorias dice que la naturaleza de las regiones de su infancia, la de Temuco y toda la frontera de la Araucanía, le daba "una especie de embriaguez".

El poeta habla del bosque de Boroa, escenario de los más encarnizados combates entre españoles y araucanos, y describe las plantas, los pájaros, los insectos, cuya perfección lo asombra, los huevos de perdiz, "oscuros y relucientes, con un color parecido al del cañón de una escopeta", y cuyo descubrimiento en las quebradas le parecía milagroso.

Los críticos han hablado de los diferentes Nerudas, de sus distintas personas poéticas, y el propio Neruda, en los años cuarenta y cincuenta, creyó en estas divisiones y condenó una parte de su poesía. Sin embargo, el tema de la naturaleza era un gran elemento unificador de toda su obra. El autor de *Entrada en la madera*, en la segunda *Residencia*, el de la *Oda a la madera*, escrita alrededor de veinte años después, y el de los poemas a la madera y a los bosques de Normandía incluidos en *Geografía infructuosa*, libro de su penúltimo año de vida, tenía una actitud frente al mundo natural, frente a la materia inanimada, que era esencialmente la misma.

Hubo muchísimos momentos en que puede observar esta pasión de Pablo Neruda. Se podría sostener que cada una de sus casas era un testimonio de su sentido de la naturaleza: colecciones de caracoles marinos, mariposas, escarabajos encerrados en un cubo de plexiglás, dientes de cachalote... Una vez llegué a la casa de Isla Negra, hace más de veinte años, y el poeta estaba sentado en el suelo, armado de una potente lupa, siguiendo la pensosa ascensión por

un poste de una oruga de color verde manzana.

En París conocía todas las tiendas de ciencias naturales. Examinaba los pedazos de minerales en bruto con detención y decía, para ilustración de su ignorante vecino, sus nombres y peculiaridades: "Ahí tienes una ágata gigante con las paredes interiores cristalizadas... Esa es una amatista, esa otra una pirita, y lo de más allá es una formación muy pura de cristal de roca..."

Coleccionaba láminas de pájaros y de plantas, y una vez, en una de las sesiones preliminares de redacción de una de sus revistas, "La Gaceta de Chile", propuso una idea peregrina, que a todo el mundo le pareció de una extravagancia notable, y que no habría estado mal, por lo demás, si se hubiera llevado a la práctica. Estaba asignando tareas a los colaboradores futuros, y a Luis Oyarzún, extraordinario conocedor de plantas y arbustos, le pidió que se hiciera cargo de la sección botánica.

"¡Sección botánica!" exclamó Lucho, y dio un salto en su silla. Esperaba el encargo de obras de creación literaria, y tuvimos la impresión de que la idea de una sección botánica lo había molestado, o, por lo menos, lo había dejado perplejo.

Luis Oyarzún, de todos modos tenía sentido del humor, y Neruda, después de formular su proposición, permaneció impertérrito. No sé si Lucho alcanzó a escribir alguna de sus columnas botánicas, pero ahora, con la perspectiva de los años, no me cabe duda de que la idea era excelente. Habría permitido que Luis Oyarzún, uno de nuestros mejores prosistas modernos, escribiera páginas de antología, dentro de la tradición descriptiva y poética del padre Alonso de Ovalle.

Se ha contado muchas veces la anécdota atribuida a Julián Huxley, el hombre de ciencias, hermano de Aldous, el novelista, que habría bajado de un

avión, en el aeropuerto de Santiago, y habría preguntado por Pablo Neruda, "el malacólogo". En sus memorias, Neruda sostiene que era amigo de Huxley, "un tipo chispeante y mucho más vivo y auténtico que su famoso hermano", de modo que la confusión del sabio distraído sólo podía ser un invento de la prensa. En todo caso, en las memorias, el poeta reivindica para sí esa condición de malacólogo, es decir, especialista en moluscos.

En dos poemas de *Canto general* había exhibido, a través de enumeraciones reveladoras de su gusto por la poesía del barroco español, sus conocimientos de aficionado a la malacología. Uno de esos poemas se titula *Los enigmas*:

"Me habéis preguntado qué hila el crustáceo entre sus patas de oro y os respondo: El mar lo sabe..."

Es el tema del enigma de la vida, que para el poeta está encerrado en la inmensidad del océano, sin respuestas para las preguntas del hombre: un ser que se mueve en un "tímido hemisferio de naranja" y que sólo maneja los limitados instrumentos de la razón, "dedos acostumbrados al triángulo".

El otro gran poema de moluscos, dentro de la serie de poemas del mar que cierra *Canto General*, es, precisamente, *Mollusca gongorina*. Ahí describe la formación de su colección y se complace en la utilización de los nombres científicos, a la manera de las referencias eruditas que proliferaban en la poesía de don Luis de Góngora:

"De California traje un múrex espinoso, la sílice en sus púas..."

En la última línea, el poeta insinúa que la perfección formal del universo está encerrada en la concha del Nautilus, dividida en numerosas celdas interiores y en la última de las cuales se aloja el molusco. El poeta desearía emprender viaje en esa embarcación pequeña y perfecta, en ese "dios de la estructura", rumbo a las islas.

Mollusca gongorina [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mollusca gongorina [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile